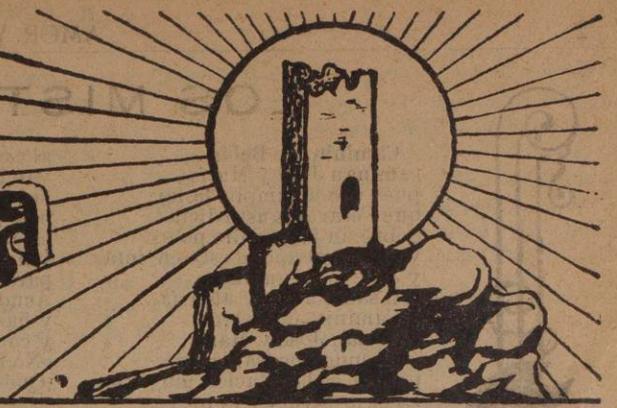


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año VI

Alhama de Murcia, Miércoles 25 de Diciembre de 1929

Núm. 142

AMOR Y ESPERANZA desea a sus lectores felices Pascuas y muchas prosperidades en el próximo año 1930

"Y EL VERBO SE HIZO CARNE"

Todo nuestro ser se estremece de alegría en la contemplación del misterio de Belén. ¿Qué nos dice esa sublime escena? ¡Anonadamiento! Sí; se anonadó a sí mismo. *«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»*

De esta manera y con estas palabras el evangelista S. Juan, después de habernos narrado la generación divina del Verbo Eterno, nos describe su generación humana.

Las profecías que se referían al Mesías prometido, se han cumplido y el Hijo de Dios nace de la Virgen María, para conversar con los hombres. Desciende del alcázar de su gloria para elevarnos y engrandecernos. La humanidad pecadora y vencida por la soberbia y el orgullo había de ser regenerada y exaltada por el Hijo de Dios.

¡Cuánto nos enseña el espectáculo y sublime escena del portal de Belén! El Verbo Divino, como palabra de Dios, es palabra para nosotros, por eso sus hechos son también palabras de vida eterna, lecciones y enseñanzas de infinito valor.

Nace el Hijo de Dios en un establo, en las afueras de Belén, porque no han encontrado alojamiento; *«y los suyos no le recibieron.»*

¿Qué palacio no hubiéramos escogido nosotros entre todos los suntuosos de la tierra, para el nacimiento del Rey de la gloria? Todos los desprecia, porque en ellos sólo habita la ambición, la soberbia y el orgullo.

Ha venido al mundo para levantar y sublimar a la humanidad pecadora, y por eso elige la humillación, la humildad y la pobreza; es la trayectoria y el camino que ha de seguir esa misma humanidad regenerada ya en la humanidad santísima del Dios recién nacido.

Yo veo a Jesús niño entre unas pajas recostado en un pesebre y pienso que el que está así es el tesoro de los

cielos, el que viste de hermosura la naturaleza y el que ha puesto los tesoros en el centro de la tierra.

¡Qué poco valen las riquezas de la tierra cuando así las desprecia el rey del Cielo!

Yo contemplo al Divino Infante en los brazos de su madre como lo muestra a los pastores y a los Magos, y pienso

que su regazo es el lugar que ha elegido para el trono de su gloria, donde quiere recibir en el transcurso de los siglos la adoración y vasallaje de todos los hombres. Madre e Hijo que habían de ser inseparables en el culto que le tributasen sus fervientes adoradores.

Si los habitantes de Belén permanecen insensibles ante espectáculo tan conmovedor, un ángel avisa a los pastores y un coro angélico entona el himno de gloria en las alturas de los cielos.

Contemplemos allí a María, la bendita entre todas las mujeres, cómo se recrea contemplando a su Hijo, el esplendor de la gloria del Padre, y qué le diría al tenerlo entre sus brazos, cómo se postraría ante Él como ante su Dios, y cómo le estrecharía contra su pecho como a su Hijo.

Postrémonos reverentes ante el pesebre de Belén, y pidamos a María nos deje llegar a sus divinos pies y reconociendo en ese tierno niño, como los Magos y pastores, la infinita majestad y grandeza de Dios, im-

primamos tiernos ósculos y ofreciéndoles nuestro corazón, digámosles:

¡Oh María! ¡Oh divino Niño! Pues sois el encanto de Dios y la hermosura de los cielos, sed para nosotros la única alegría de nuestra alma y el único amor de nuestro corazón.

